

LA LEYENDA DE LA CALZADA DE LOS GIGANTES

Érase una vez hace muchos años que Irlanda y Escocia estaban habitados por seres fantásticos y gigantes. Así en Irlanda vivía el gigante Finn MacCool en el lugar que él creía era el más hermoso de todas las tierras del ancho mundo. Finn vivía tranquilo y feliz con su también gigantesca esposa, Oonagh.

Pero un mal día que soplaba mucho el viento, desde la lejana Escocia llegó un pájaro de mal agüero que trajo a sus tierras la bravata de otro gigante, llamado Benandonner, que alardeaba de ser más fuerte y mejor guerrero, mucho más inteligente y poderoso que el más poderoso de los gigantes de la bella Irlanda. Y esto pronto corrió de pico en pico entre todas las aves, así que era cuestión de tiempo que el mensaje llegase a las enormes orejotas de Finn y éste se sintiera ofendido.

-Atiende, esposa, que vas a conocer la suprema inteligencia de tu gran marido- le dijo a Oonagh. Mañana alzaré con mis propias manos, las mismas que derrotarán de un solo guantazo a ese engreído de Benandonner, un camino hacia su miserable tierra, y me refiero a una calzada a la medida del poderoso Señor de los Gigantes ¡¡¡que soy Yo!!! Ha de ser una calzada que llegará hasta el cuchitril de la morada de ese mequetrefe. Y una vez allí, lo desafiaré, ya sea con el arma que el desee, o a mano desnuda lo cual me da igual, ¡pues no será nada ante mí!, y ¡lo derrotaré! ¡Jamás nadie volverá a reírse de Finn MacCool! ¡Y jamás nadie volverá tan solo a insinuar que pueda llegar a ser ni la mitad de grande de lo que yo soy!

Oonagh solo contesto con un lento "pshh... pues sea como tú digas esposo", y el gigante tampoco discutió más: "¡mujeres!", pensó para sus adentros, y olvidó el asunto, admitiendo que si bien su esposa era hermosa, la más bella de las gigantas que había conocido, pero desde luego que no estaba a su nivel en inteligencia.

Finn comenzó al día siguiente la construcción de la gran calzada que habría de llevarle hasta la lejana tierra de su enemigo. En muy pocas jornadas, y transportando grandes columnas de roca que clavaba verticalmente en el mar, Finn había creado un enorme camino enlosado con grandes rocas con forma de panal de abeja; una maravillosa obra de arte insuperable, algo que ningún ser podría haber nunca imaginado, ni mucho menos creado mano humana alguna, una calzada inmensa que salvaba las turbulentas aguas marinas, y que ante el asombro de las tímidas sirenas, cruzaba el mar desde su hogar hasta el de su enemigo.

Partió de madrugada, armado con su escudo y maza y vestido con sus mejores ropas, y aun con su largo paso tardó horas en llegar a la isla de su rival. Finn se presentó entonces con gran sigilo, adentrándose en silencio en las tierras de Benandonner. Y allí, agazapado y oculto tras una gran roca, observó y hubo de admitir con cierta sorpresa y desconcierto, ¡que su enemigo le sacaba más de dos cabezas de altura, y sus hombros eran al menos un par de codos más anchos que los suyos!

Y Finn, a pesar de ser un enorme cabezota, y de que se sentía herido en todo su orgullo, esta vez tuvo miedo y recordó los prudentes consejos de su esposa, así que decidió huir y replantearse lo que creía que iba a ser una misión fácil, diciéndose, para calmar su propia conciencia, que era mejor retirarse para pensar una mejor estrategia y plantar batalla otro día.

Pero resulta que las cosas no iban a ser tan sencillas, ya que las criaturas salvajes de las tierras de Benandonner advirtieron la presencia de Finn y empezaron a seguir de lejos a aquel extraño,

y sucede que para colmo, oyeron todo lo que mascaba entre dientes, hablando solo, y haciendo comentarios acerca de que algún día regresaría.

Las criaturas del bosque acudieron a la morada del gran gigante y alertaron a su señor, y éste se llenó de ira y de rabia, muy molesto por la intrusión en sus dominios, así que se lanzó en persecución del invasor, armado con un pesado mazo de madera y con su casco de guerra, pisando con cuidado las oscuras rocas del camino sobre el mar, que apenas soportaban su enorme peso, hasta que, al fin, llegó a pisar la tierra de Irlanda.

Pero la misma Oonagh había sabido prepararse, pues era una mujer muy lista. Cuando regresó su marido, alarmado y jadeante y con temor al saberse perseguido, la esposa lo calmo, y le dijo que por una vez, la dejase hacer a ella, la única forma de que saliera triunfante de aquel gigantesco peligro.

Le pidió que se afeitase por completo la cara y se cortase el cabello muy corto, también que se afeitase el pecho, y después, le pidió como última cosa que se pusiese una especie de enorme pijama y se metiese en la cama. Finn aceptó hacer todo lo que le pidió su esposa a regañadientes.

La cama no era otra cosa que una enorme cuna de rocas, una colosal cuna que la astuta gigante había construido en ausencia de su marido.... Allí estaba el gigante Finn, muerto de miedo, acurrucado en silencio, tal y como le había pedido su esposa.

No mucho después, y tal y como era de esperar, llegó Benandonner a los dominios de Finn, los cruzo en un suspiro y se presentó golpeando las puertas del palacio de Finn, tan fuerte que media cueva temblaba con los golpes... gritando con voz de trueno, exigiendo ver al señor de la casa para aclarar de una vez las cosas con un combate de gigante a gigante.

-¡Sal fuera, muéstrate más que como una rata a escondidas, cobarde!- Gritaba con voz potente.

Oonagh salió y recibió en la entrada de la cueva a Benandonner, mostrándose todo lo amable que pudo.

-No hay necesidad de gritar, os pido que no alcéis tanto la voz, mi señor- dijo ella-. Os ruego que no lo hagáis y que tengáis un poco de atención y no gritéis, para no despertar al bebé que duerme. Pasad si así lo deseáis y yo os invitaré a un buen barril de cerveza, que de seguro aplacará vuestras iras y la sed del viaje, mientras esperamos que mi esposo, regrese de su paseo al atardecer.

-Siento haber sido tan brusco señora, no deseaba ponerla en un aprieto en ausencia de su marido. Espero no haber causado que el pequeño se despierte -se disculpó Benandonner.

-¡Oh, no!-dijo Oonagh con una sonrisa- ¡El pequeño es de sueño intenso y creo que no se ha despertado y duerme a pierna suelta, señor! Podéis acercaros y verlo si queréis -dijo intencionadamente la gigante.

Y sucedió entonces que, al inclinarse Benandonner, colocando sus manos con suavidad sobre la gigantesca cuna, se quedó perplejo y visiblemente asustado por el enorme tamaño de la arropada criatura que allí dormía. Y su rostro, con normalidad fiero, se demudó en auténtico terror y miedo, pues le resultaba casi imposible imaginar el inconcebible tamaño que debía tener el padre de aquella criatura.

Y así fue, como al fin, y también como ya había ideado la astuta Oonagh, sucedió que Benandonner se marchó del palacio de roca de Finn MacCool, tras cuidarse mucho de pedir mil

disculpas a la hermosa Oonagh, y diciéndole que no era necesario que molestase a su esposo, que su visita había sido de plena cortesía, y que quizá regresase otro día, para conocerlo, algo que no tenía en absoluto intención de hacer, creyendo que Finn era en verdad un enorme titán con la estatura y la fuerza de un dios. No queriendo saber más nada de semejante enemigo y mucho menos deseando en absoluto enemistarse con nadie de su raza, los irlandeses dicen que el gigante destruyó en su huida la calzada del mar, corriendo como un poseso hacia su casa y hundiendo bajo el mar las rocas de la calzada que cedieron bajo su peso, de este modo, la calzada esta toda bajo las aguas, salvo en su tramo de inicio y un pedazo final en las tierras de Benandonner.